

Lectura filosófico-antropológica de la muerte post-covid

Alejandro G.J. Peña
Universidad de Sevilla

RESUMEN

La pandemia del covid-19 alteró la comodidad que los seres humanos acostunbrábamos a tener en las sociedades actuales desarrolladas. La muerte que resurgió resultó aterradora, pues esa amenaza nació no sólo de la vulnerabilidad ante el deceso del *otro*, que no me concierne, sino de la posibilidad plausible e inminente de sentir mi propia muerte cercana. La presente lectura aspira a servir de recordatorio de los tiempos vividos y a iluminar, sea como fuere, un período caótico de la historia de la humanidad.

Palabras clave: muerte, mortalidad, covid-19, pandemia, miedo, otro.

ABSTRACT

The covid-19 pandemic disrupted the comfort that human beings were accustomed to in today's developed societies. The concept of death that flourished was terrifying. That threat was born not only of vulnerability to the death of the *other*, which does not concern the self, but rather out of the plausible and imminent possibility of feeling the closeness of the own death. The present reading strives to serve as a reminder of the times we experienced and to light up, be that as it may, a chaotic time in the History of Humanity.

Keywords: Death, Mortality, covid-19, Pandemic, Fear, the Other.

*¡Yo!... —exclamó la Muerte con cierto terror sarcástico—,
¡Dios me libre!... Yo no lo he matado... Él se ha muerto.*

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN,
El amigo de la muerte

Párrafos filosóficos sobre la muerte y el otro

• Leer sobre la muerte y sobre nuestra mortalidad? ¿Leer sobre el miedo a morir? ¿Se aguarda encontrar, acaso, la huella originaria de un visceral terror —“terror sarcástico” si se recurre a la cita de Pedro Antonio de Alarcón (2011: 242) que encabeza el presente escrito— o, tal vez, un eco en la lejanía que resuena con furia y se ansía silenciar? ¿Leer sobre nuestra (inminente, cercana o futura) muerte con ojos filosóficos? ¿Qué se espera leer y qué se desea saber de la muerte, de la mortalidad y del morir? ¿No hubiera sido bastante mejor no conocer la muerte? ¿No sería mejor des-conocerla? No se aspira aquí, en estas páginas, a una vivisección académica de la muerte, de los temores o de la angustiosa agonía resultado de sabernos mortales y que la pandemia de 2020 puso *a flor de piel*, ni se busca con estas palabras alumbrar un callejón intransitable con un sesudo texto plagado de observaciones sinópticas. Desde la filosofía y la antropología se reflexiona sobre la muerte y sus aledaños en el actual escenario post-covid.

La cita de Alarcón, leída en *El amigo de la muerte*, sugiere una privilegiada y mal-entendida posición de la muerte —en la narración fantástica, se presenta personificada: la Muerte— que, con pasmosa frecuencia, el ser humano descuida. Por la muerte uno muere, mas no es la muerte (ni la Muerte) la que “mata” ni, en ningún caso, la que genera dolor. Sí cabe hablar de dolor por la pérdida; por la amargura que acompaña el vacío tras morir un ser amado; por el adiós temprano, sin necesidad, espantosamente pronto tal vez, de un hijo; por la simbólica rotura del hilo invisible que une y aún a los enamorados; por la agonía de los instantes finales, descritos con impecable crudeza en *La muerte de Iván Ilich*, de Lev Tolstoi... Mas esto no guarda relación con la Muerte presentada por Alarcón; ésta, más bien, haría de Caronte para Dios. La muerte, entonces (*casi nada sería*). La filosofía epicúrea aletargaba la muerte, casi la arrinconaba al olvido; un destierro inmerecido quizá, pero lógico si se piensa que “cuando existimos nosotros la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente entonces nosotros no existimos. Por tanto, la muerte no tiene nada que ver ni con los vivos ni con los muertos, justamente porque con aquéllos no tiene nada que ver y éstos ya no existen”

(Epicuro, 2012: 88, §125). Según el ángulo de visión epicúreo, ¿sería la muerte? ¿Sería, por decir, la horrida vivencia del fallecer ajeno y la sacudida que nos propina la anticipación de nuestro propio fin?

Regocijarse en la muerte y cavilarla es, cuando menos, morboso si nada nos concierne; escudriñar sus alrededores envalentona. Martín Heidegger (2015: 206) escribió que “solo los temerarios pueden tener miedo”, pero ¿“temerarios” en qué sentido del término?: ¿con relación a la imprudencia humana o a la carencia de razón, sin fundamento, de un pensamiento? El hombre, henchido o no de valentía, se halla forzado a “conocer” la muerte, y esa primera percepción de la muerte proviene del *otro*. El *otro* es la fuente de la que mana la información que atañe al óbito. La desaparición de los *otros*, por ejemplo, y más en concreto, de los seres amados guardados con ternura en la memoria, es la antesala de la bien conocida anticipación del morir propio, de la muerte que sí nos concierne. La muerte de mis seres amados, “los ‘otros como yo’”, provoca las más dolorosas experiencias, en las que la ausencia y el duelo son manifiestos [...]. En cambio, ‘la muerte de los demás’ es precisamente la que no nos genera mayores emociones, sólo un interés morboso o curioso” (Paulino *et al.*, 2018: 53). Sin embargo, la muerte de los *otros* no guarda estrecha relación con *mi* muerte, ni si quiera la muerte de los “otros como yo”, pues a pesar de afrontar una realidad específica e innegable, la muerte que es *mía*, *mi* propia muerte, no es la muerte de los demás, naturalmente. Cada *dasein* asume su propia muerte. Sobre lo inmediato anterior sentenció el pensador de Messkirch: “*Nadie puede tomarle al otro su morir*. Bien podría alguien ir a la muerte por otro [...] El morir debe asumirlo cada *dasein* por sí mismo” (Heidegger, 2014: 257, §47). No obstante, sería plausible asimismo escribir que uno no *vive* su propia muerte, más bien, la anticipa a través del fallecer ajeno. Ahora bien, si uno no *vive* su propia muerte y la muerte de los *otros* dice sumamente poco de la *mía*, sí de mi condición mortal —atiéndase aquí a la crucial semejanza muerte/mortalidad—, ¿cabría, así pues, dudar de la “existencia” de una muerte vívida y vivida? Pregúntese, ¿hay muerte mientras vivo? El rastro de la muerte es el cadáver, el cuerpo yerto, el envoltorio de un ser que vivió. Si uno vive, ¿qué muerte hay para y en él? José Ferrater Mora escribió sobre la experiencia de la muerte:

Podemos “ver” que los hombres mueren; podemos representarnos nuestra propia muerte como un acontecimiento que tendrá lugar algún día. Pero no parece que nos sea dado experimentar la muerte en el mismo sentido en que experimentamos el placer, la salud, la enfermedad, la senilidad. Lo que vemos del morir es su “residuo” —por ejemplo, el cadáver—. Y aun un cadáver no es necesariamente sólo un testimonio de muerte; puede, en rigor, llamar más bien nuestra atención sobre la vida, “remitimos” a ella. Tanto como en “lo que ya no es”, po-

demos pensar en “lo que ya fue”. Así la muerte parece estar fuera de toda posible experiencia (Ferrater, 1979: 140).

Huelga decir que tales consideraciones son, en sentido estricto, estables. Mas sí es posible hablar de la “vivencia” de la muerte o, en términos ferraterianos, del “preludio a la muerte”. Resulta llamativo saber que por el fallecer de los *otros* uno conozca, con la debida profundidad, esa especie clasificada de muerte que se abalanza sin aviso ni clemencia. El conocimiento de nuestra mortalidad se proyecta casi con ingratitud hacia el *otro*, tanto más si es amado —éste, con su fallecimiento, integra una agonía metafísica en el sobreviviente—. Ser sabedor del morir que le es propio al ser humano es ingrato por sí mismo, por cuanto nada cabe hacer para evitar la muerte de ese *otro*. El *otro* acontece como maestro de la mortalidad y del saber que conlleva la muerte futura de cada cual. Vivir en comunión con los *otros* y condicionado por el pensamiento sobre la muerte y el morir, es un círculo vicioso que la sociedad, sea como fuere, rehúye. Si no cabe una “vivencia” de la muerte, sí una vivencia de lo que acontece tras el morir del *otro* que configura al *yo*. La proyección hacia los demás resulta, por ende, fatigosa. La alteridad, una odisea.

Se agolpan respuestas de naturaleza ingenua y de ligera digestión ante el dolor que nace del fallecer de los *otros*. La humanidad, en su empeño por bien vivir, oculta sin garbo su morir. Es sobremana morbosidad hablar sobre asuntos concernientes al fallecer humano. El error social, oculto en el incesante esfuerzo por la apariencia, por la imagen que se divulga, radica en el oscurantismo. Se oscurece la muerte, se cubre bajo un grueso sudario capaz de impedir la recta percepción de lo-que-hay, y mora el miedo en su penumbra. ¿Temer la muerte? ¿No es indudablemente mejor, se dijo, evitar pensar la muerte? Desaparece en este punto la observación. El morir del *otro* se diluye y, en el mejor de los casos, se trivializa con el propósito de soportar y digerir lo inevitable.

Párrafos post-pandémicos sobre el miedo a la muerte

La pandemia del covid-19, verbigracia, valió para evidenciar lo obvio: la muerte actual se (re)presenta, en exceso, encubierta e higiénica.¹ En torno al cráter que la pandemia originó —y hasta cierto punto origina— en las vidas de cada cual, al tabú instalado en el espe-

¹ Véase Raúl Limón, “Las consecuencias de la ‘higiénica’ y ‘encubierta’ muerte por covid”, *El País*, 23 de abril de 2021, recuperado de: <<https://elpais.com/ciencia/2021-04-24/las-consecuencias-de-la-higienica-y-encubierta-muerte-por-covid.html>>, consultada el 9 de noviembre de 2021.

sor del aire que se respiraba, al acervo nada compasivo con los fallecidos, o a la imagen del hospital como “templo sanador”, escribió:

Sentir *las* muertes, *nuestras* muertes, *sus* muertes, tan peligrosamente próximas, hizo, de alguna manera, que una sociedad de encubridores del óbito tuviera presente en cada instante la sombra de la muerte propia y ajena. No eran los demás quienes fallecían en la lejanía mientras uno los contemplaba desde la comodidad, sino que, si se prestaba delicada atención, hasta podía sentirse el vaho de la muerte a las espaldas de cada uno [...] Y no hay remedio para paliar el sobrepeso de la mortalidad humana porque, con independencia de si se encuentra uno sentado en su cómodo sofá o sumergido en las profundas aguas de una pandemia global, la muerte es natural e insoslayable (Peña, 2021: 51).

Así se vivió la muerte, en general, con sumo espanto y confusión, sin encontrar comodidad que ofreciera un mínimo momento para el alivio. Sin protocolo de actuación. Sin bálsamo para el dolor causado por los miles de números en la estadística que no hacía sino crecer. La muerte actual es una muerte de sobremanera escurridiza y olvidada, escondida bajo el manto del olvido. Cuando resurge, el horror se siente y el miedo se comparte, y se comparte por lo necesaria que resulta ser la réplica del *otro*. En la pandemia vivida, la falta de réplica se lamentó todavía más. El miedo a la muerte, amén de creerlo incómodo e irracional, es natural. La naturalidad de la muerte, que encuentra detractores en el largo y ancho de nuestro planeta, en cada rincón de cada imaginario, es provocadora y en virtud de ello varían las creencias que bregan por desterrarla.

Posturas de visión futurista, como son el transhumanismo y, en un sentido aún más utópico, el posthumanismo, atemperan los ánimos a largo plazo y emergen como un haz de luz esperanzadora. Un haz de luz que salvarían de la muerte a la humanidad. Curioso, cuando menos, resulta saber que, inmersos en la pandemia, dichas posturas relucieron con intensidad. Leer a mi compañero Antonio Diéguez sobre el borroso destino que a la muerte le aguarda genera intriga —e ilusión a aquellos, como Elias Canetti, “Enemigos de la muerte”—; sin embargo, sin tener él la menor pretensión de realizar una apología de la muerte y sobre la idea de vida sin fin, se sincera: “También me cuento entre los que no hallan ningún momento apropiado para querer morirse, y espero que la cosa siga así mucho tiempo más. Sencillamente no veo con claridad que sea tan deseable una vida interminable” (Diéguez, 2017: 203). Al leer la anterior cita, la sensación que se obtiene es cristalina y, seguramente, compartida con un sinnúmero de personas: resulta, en realidad, casi imposible hallar un momento apropiado para morir y, a pesar de ello, no se desea una vida inmortal —máxime si el envoltorio corporal del *yo* envejece, como narra el mito de Tito-

no²—. ¿Cabe la existencia del “momento apropiado” para aceptar la muerte por propia voluntad? Batallar con la muerte es una épica gesta. ¿Son, pues, irrealizables los cometidos transhumanistas y posthumanistas sobre la erradicación de la muerte? Soy incapaz de responder la pregunta y no me corresponde, además, contestarla. Sí me concedo la licencia de agregar que la triple constante antropológica, postulada por Edgar Morin, brilla por su presencia: el ser humano toma consciencia de la muerte, posteriormente se genera el traumatismo de la muerte y, al final, surge con fuerza la creencia en la inmortalidad, la utópica inmortalidad soñada,

[...] puesto que la conciencia de la muerte llama al traumatismo de la muerte, el cual a su vez llama a la inmortalidad; puesto que el traumatismo de la muerte hace más real la conciencia de la muerte y más real el recurso a la inmortalidad; puesto que la fuerza de la aspiración a la inmortalidad es función de la conciencia de la muerte y del traumatismo de la muerte (Morin, 2003: 34).

El sufrimiento que acompaña el conocimiento que se atesora sobre la muerte causa un peculiar pavor que, en ocasiones, es críptico e ilegible.

Pensar, entonces, en lo aterrador que resultaría el no-ser —en sánscrito, *anātman*, noción consagrada de la filosofía hinduista: insustancialidad o ausencia del *yo*—, reparar en el pasmoso vértigo congelador de imaginarse cadáver, como señaló Immanuel Kant, o *sentir* las mordidas de los insectos necrófagos una vez finado, nos infunde pánico, angustia, declive y cansancio vital que se torna en lo absurdo. La muerte aterrera, morir aterrera, como aterrera no saber qué depara a la existencia humana una vez sobreviene la muerte, es decir, el imaginario que gira alrededor del Más Allá. Desaparecer como *yo*, como ser

² “Así también a Titono lo raptó Aurora la de áureas flores, a él que, de vuestro linaje, era semejante a los inmortales. Se puso en camino para suplicar al Cronión, amontonador de nubarrones, que fuera inmortal y viviera por siempre. Zeus asintió con la cabeza y cumplió su deseo. ¡Inconsciente de ella! No se les vino a las mientes a la augusta Aurora pedir la juventud y que raspara de él la funesta vejez. Así que mientras lo poseía la muy amada juventud, gozándose con la Aurora, la de áureas flores, la que nace mañanera, vivía cabe las corrientes de Océano en los confines de la tierra. Pero cuando los primeros cabellos canos caían de la hermosa cabeza y del noble mentón, se apartó de su lecho la augusta Aurora. Aún lo cuidaba teniéndolo en sus habitaciones, con alimentos y ambrosía, y le regalaba hermosos vestidos. Pero cuando empezó a abrumarle por completo la odiosa vejez y ni siquiera podía mover ni levantar sus miembros, ésta fue la decisión que en su ánimo le pareció la mejor: lo instaló en un dormitorio y cerró las espléndidas puertas. Cierto es que su voz fluye sin cesar, mas nada queda del vigor que antes había en sus flexibles miembros” (*Himnos homéricos. La “Batracomiomaquia”*, 1978: 195-196, *A Afroditá* §215-240).

viviente y consciente del mundo que le rodea, dejar de *ser* el ser que se *es* entre la totalidad de los entes, es sobremanera horroroso.

Nadie se sensibiliza ni toma consciencia ni conciencia de la muerte y del morir, de *su* muerte y de *su* mortalidad. Se escuchan y se leen sin cesar comentarios de igual índole al escrito por Harold Brodkey: “La muerte es un rollo [...] He de decir que esperaba que la muerte estuviera preñada de sentido, pero no es así. Está ahí, nada más” (Brodkey (2001: 154). Retumba en las paredes de la cita la filosofía del absurdo y, en consecuencia, un aroma a miedo se libera de las palabras del escritor estadounidense. La muerte, argüía Emmanuel Lévinas, es lo *sin respuesta*, no hay lucidez tanática en el pensamiento actual, sólo un hiriente elogio al cansancio y al pensamiento sencillo y liviano. Guardémonos de decir que *no hay respuesta para tanta muerte*. Hoy día, la muerte concierne, en especial, a moribundos, personal sanitario y tanatólogos, por no decir más. Para el resto de vivientes es lo remotamente futuro y asunto, con rotunda exclusividad, de los *otros*, de los “de-más”, los seres sobrantes. Sin embargo, para el *otro*, yo soy *otro*, ¿le incumbe a uno su muerte como la muerte del *otro*? ¿Le incumbe al *otro* su muerte como la muerte del *otro*? La muerte a nadie involucra en sus quehaceres. Justo porque es ignorada, la muerte borra la “pregunta por la muerte” y en el horizonte esboza el “problema de la muerte”; el tránsito de la pregunta al problema que la pandemia de 2020 aceleró.

¿Es menester, alcanzada esta coyuntura, no pensar la muerte en provecho de vivir cómodamente? La *comodidad*, se mencionó en estas hojas, sería la condición idónea de forma de vida: vivir cómodamente, sin peligros, sin dolencias, sin temores. En *presencia* de la muerte se teme, se *vive* y se *muere*, se des-conoce, se filosofa y se poetiza, se exuda (insana y morbosa) curiosidad, se “paraliza” el mundo, se hace ademán de valentía, se ensalza su poder, se ocultan las apetencias por vivir, se petrifica todo ejercicio del pensamiento, se cristaliza la felicidad... La muerte del cuento *El amigo de la muerte* es externa y ajena al mal, al dolor, al sufrimiento; su ciencia se reduce con exclusividad a la destrucción, mas no es ésta la que mata; no es, en esencia, nadie ni nada, un acompañante. Los dolores y las vanidades del mundo recaen en la vida. Adolece el vivo, no el cadáver.

A modo de glosa

Escribió Canetti (2017: 41) que, para los seres humanos, “sería más fácil morir si de uno no quedara *absolutamente nada*, ni un recuerdo en otra persona, ni un nombre, ni una última voluntad, *ni siquiera un cadáver*”. No obstante, la realidad es diametralmente opuesta. Sí queda *absolutamente todo*: imborrables recuerdos en las personas, nombres que preservar, últimas voluntades que cumplir, cadáveres que venerar, cementerios

a los que viajar a fin de salvaguardar la memoria de los difuntos, historias de ancestros que libran del curso aniquilador del tiempo y de la muerte de las generaciones que las recuerdan. Razones por las cuales es obligado preguntarse ¿qué se *sabe* de la muerte? ¿Qué se *sabe* del morir? ¿Qué se *sabe* de la mortalidad? ¿Qué se *sabe* de la vida? Preguntas de gran calado en la historia de la humanidad. Cavilar la muerte y sus proximidades es un necesario quehacer para aligerar el sobrepeso que conlleva portar a hombros la consciencia de la mortalidad. Horroriza el poder de la muerte, es lamentada y padecida su noble labor, se instala en las entrañas del *otro* y del *yo* y nos enseña su obra. Se odia la muerte. No obstante, y sin escolios, si la muerte cesara su incomprendida labor, ¿no se desearía, al final de los finales, su resurgimiento? La fatídica visión de José Saramago en *Las intermitencias de la muerte* pone de relieve lo valioso de la muerte y su vital papel en el curso de la vida, mal que pese el dolor que su “presencia” origina. Bien que existe la perspectiva que observa la muerte como acicate de la vida, como la razón por la cual uno brinda sentido y contenido a su existencia, sea para con los *otros* o para consigo mismo. Si desapareciera la muerte, ¿qué sentido aguardaría el vivir?³ Es decir, sin la muerte nada importa, en realidad.

Con las matizaciones que se deseen, se revela en estas líneas la responsabilidad inherente a todo pensador, al margen del área en la que desarrolle su labor: rendir honores a la muerte a despecho del ciego curso de la sociedad que la ignora, obstaculizar ese impulso olvidadizo y lidiar contra la jibarización que la envuelve. La pandemia del covid-19 revivió a viejos y nuevos pensadores reunidos en torno a unas de las preocupaciones en tiempos del Antropoceno. El papel futuro que le depara a la muerte es desconocido. El pensamiento tanático, así como logró un esplendor inaudito en el siglo XX,⁴ con un papel protagonista de la filosofía, copa una porción considerable del pensamiento contemporáneo, y no únicamente en el ámbito filosófico. Sin embargo, a la fecha de hoy, la muerte, si bien ha resurgido con virulencia, continúa su camino por la penumbra del pensamiento, como si aterrara sobremanera y éste fuera el porqué de su descuido y su enmascaramiento. Con la mitigación y el control del virus, dicha preocupación se ha desvanecido, pero ¿por completo?

³ La vastedad de la respuesta a tal pregunta es abrumadora. “Habría siempre tiempo para llevar a cabo cualquier proyecto, para desdeirse de cualquier intento, hasta para borrar, con la acumulación de hechos en el tiempo, lo que acabarían por ser las huellas levísimas, casi imperceptibles, del pasado. Los hechos de la vida acabarían por no significar nada para ella. La vida resultaría, pues, prácticamente irreversible y, por ello, carente de sentido —justamente porque podría tener todos los sentidos que quisiera (Ferrater, 1979: 138-139).

⁴ Véase Alejandro G.J. Peña (coord.), “La muerte en la filosofía española del siglo XX”, *Claridades. Revista de Filosofía*, vol. 12, núm. 1, 2020.

En la línea de prolongación de la presente lectura, las palabras de Alarcón esconden una mirada medusea que sonrojaría a gran parte del mundo, y que engloba de forma acertada, a mi juicio, el cometido del presente escrito:

La ciencia, la experiencia y la filosofía han purificado tu corazón, han ennoblecido tu espíritu, te han hecho ver las grandezas de la tierra en toda su repugnante vanidad, y he aquí que huyendo de la muerte, como lo hacías ayer, no huías sino del mundo (Alarcón, 2011: 283).

Bibliografía

- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *La comendadora, El clavo y otros cuentos*, Madrid, Cátedra, 2011.
- BRODKEY, Harold, *Esta salvaje oscuridad. La historia de mi muerte*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- CANETTI, Elías, *El libro contra la muerte*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.
- DIÉGUEZ, Antonio, *Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*, Barcelona, Herder, 2017.
- EPICURO, “Epístola de Epicuro a Meneceo”, en *Obras completas*, Madrid, Cátedra, 2012.
- FERRATER MORA, José, *El ser y la muerte. Bosquejo de filosofía integracionista*, Barcelona, Planeta, 1979.
- HEIDEGGER, Martin, *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, 2014.
- _____, *Cuadernos negros (1931-1938)*, Madrid, Trotta, 2015.
- Himnos homéricos. La “Batracomiomaquia”*, Madrid, Gredos, 1978.
- LIMÓN, Raúl, “Las consecuencias de la ‘higiénica’ y ‘encubierta’ muerte por covid”, *El País*, 23 de abril de 2021, recuperado de: <<https://elpais.com/ciencia/2021-04-24/las-consecuencias-de-la-higienica-y-encubierta-muerte-por-covid.html>>, consultada el 9 de noviembre de 2021.
- MORIN, Edgar, *El hombre y la muerte*, Barcelona, Kairós, 2003.
- PAULINO, Ricardo, José GALLARDO DÍAZ, José ZARAGOZA ÁLVAREZ y Javier JAIMES GARCÍA, “Antropología de la muerte: diferencias entre el fallecimiento en el domicilio y en el hospital”, *Vita Brevis. Revista electrónica de estudios de la muerte*, núm. 12, 2018, recuperado de: <<https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/vitabrevis/article/view/15134/16120>>, consultada el 9 de noviembre de 2021.
- PEÑA, Alejandro G.J., “La muerte en la filosofía española del siglo XX”, *Claridades. Revista de Filosofía*, vol. 12, núm. 1, 2020.
- _____, “La muerte y su corona en tiempos del covid-19”, en Alberto DEL CAMPO (ed.), *Pensar la pandemia. Más allá de la sanidad y la economía*, Madrid, Dykinson, 2021.